



© Javier de Agustín

Raquel Martínez-Gómez – Spain

Sombras de unicornio (2006)

Shadows of the Unicorn

Publishing House **Algaida Editores**

Biography

Raquel Martínez-Gómez (b.1973) was born in La Mancha in Albacete province. She has a PhD in Communications Sciences from the Complutense University of Madrid, focusing on International Relations. Her short stories and poetry have received much recognition, and she is currently finishing her third novel at her home in Sussex, England. She combines her writing with her work specialising in the field of co-operation and development, and her work for the Inter Press Service (IPS) news agency. Prior to this, she lived in Mexico, where she worked on part of her PhD and taught at the Instituto Tecnológico in Monterrey.

Synopsis

Claudia is a journalist who was born in Oviedo but brought up in Argentina. She returns to Spain, hoping to make a new start in life, and the first job she lands is in a Madrid cocktail bar, The Unicorn. She meets Edgar there, who is also in flight from a traumatic past and, like her, he soon realises it is impossible to start from zero, however hard you try. Claudia and Edgar dwell in an ambiguous space where imagination and desires roam, and travel between what they would like to be and what they really are. An encounter with the unicorn gives them an opportunity to find themselves, an opportunity that is no less wonderful for being unexpected. *Sombras de unicornio* is an invitation to come closer to yourself and take flight without ever lifting your feet off the ground.

Sombras de unicornio

Raquel Martínez-Gómez

Dunas negras

Una duna negra, de contornos difusos, permanecía inmóvil en el centro de la ciudad, abrazada por viviendas precarias a un lado y casas confortables al otro. Édgar olvidaba a menudo su existencia y, al subir al cerro de las Noas a contemplar el horizonte, prefería imaginar un hueco vacío. Pero, a pesar de sus movimientos esquivos, la mole negra reaparecía de repente, al doblar una esquina u optar por una calle. Entonces la angustia aumentaba y pensaba en la huida.

Desde hacía años se estaban recogiendo muestras de tierra de distintos lugares, alejados o cercanos a la duna negra, para detectar los niveles de plomo. Ésa había sido, por parte de algunas organizaciones locales, una larga lucha contra el silencio municipal y la compra en cascada de voluntades. Pero la mayoría de la gente desconocía qué ocurría y muy pocos pensaban en mudarse. Los paseantes podían divisar la marca de la nave industrial escrita en letras rojas desde las colonias residenciales más antiguas mientras intentaban mantenerse en forma. Después volvían a casa y cerraban las ventanas herméticamente, pedían a la trabajadora del hogar que fregara el suelo de nuevo y, tras un baño con espuma, salían al jardín a leer las páginas centrales de *El Siglo*, orgullosos de cumplir con su deber social: el de informarse de las alianzas entre gentes de buena familia.

Pero unas calles más abajo, mucho más cerca de la duna negra, esos periódicos nunca eran del día ni se leían en un jardín; tampoco se podían vanagloriar de lo bien que salieron

en la foto. En los barrios del poniente las hojas de los diarios tapaban los vanos de puertas y ventanas; y la tierra, la misma sobre la que dormían, cristalizaba la sangre de sus hijos mientras el papel se volvía cada vez más opaco. En una ocasión, señores de traje gris y guantes de plástico, enviados por la empresa de la duna negra, llamaron a sus puertas para recoger muestras de plomo. La zona se llenó de máquinas limpiadoras que absorbían la tierra y de hombres con trajes amarillos que cambiaron los periódicos por cartones. Eso, y la promesa de leche para los niños enfermos, bastó para acallar el malestar.

Al cabo de dos semanas todo volvió a llenarse del mismo polvo. Los más pequeños, ajenos al peligro que corrían, construían con su imaginación, sobre la tierra envenenada, los juguetes que nunca tendrían.

Las protestas volvieron y los consejeros de la duna negra, que era además la planta procesadora de metal más grande del país, argumentaron que ellos llegaron primero, que los pobres se asentaron en tierras de la municipalidad. El nombre del dueño de la empresa, que vivía a mil kilómetros, salía todos los años en la revista de los hombres más ricos del planeta. La leyenda de la duna negra fue creciendo sobre la pátina de silencios que la cubrían. Édgar había aprendido también a negar los problemas. Durante mucho tiempo no quiso saber, y evitó mirarla de frente, ignorando su presencia detrás de la línea del atardecer. Pero esa negación terminó transformándose en un cañonazo que lo partió por la mitad. Un graznido de un chanaté, negro como la duna, penetró en su oído.

Era la tercera vez que se enfrentaba a la misma cola. Le sorprendió la fluidez de los turnos. Delante de él, un muchacho de botas puntiagudas y cabello ondulado se ponía y retiraba la gorra sin descanso. Parecía nervioso. Édgar contó el

número de personas que le antecedían: *una, dos, tres, la cuarta y la quinta parecen ir juntas... , diez*. Ya sólo quedaban diez. Entonces pensó de nuevo en la gente que se había manifestado en la calle Colón, muy cerca del bulevar Revolución. Todavía se podían escuchar algunas de sus proclamas, aunque no muy nítidas. Era por lo del plomo. Édgar escuchó en la universidad que la empresa que contaminaba la ciudad había creado muchos puestos de trabajo: eso parecía justificarlo todo. Volvió a pensar en las pancartas hechas de cartón, en sus mensajes con faltas de ortografía y en los ojos del único hombre joven que había en la manifestación; los demás eran mujeres y algún jubilado. Todas reclamaban para sus hijos, enfermos, con la sangre cristalizada, las bolsas de leche prometidas.

Le llegó su turno. El funcionario le brindó la posibilidad de pagar la mitad de la multa por la rapidez con la que había acudido a abonarla, lo que luego le valdría reproches de sus compañeros de escuela: *Pinche cabrón, ¿acaso eres noruego?* A cambio del desembolso, le devolvieron su matrícula. Al salir le distrajo la crecida del tumulto en la calle. Avanzó sin pensarlo hasta la procaduría, donde estaban concentrados los manifestantes. Al cabo de unos minutos, un silencio inusual, que parecía el inicio de algo impredecible, cubrió todo el bulevar. Sintió frío. Un todoterreno de la policía se acercó muy despacio, marcha atrás, al lugar donde se encontraba la cabeza de la manifestación. El llanto de un niño rompió los sonidos del silencio, pero hizo más angustiosa la visión. De repente, los policías fueron reuniéndose y caminaron hacia los concentrados. Las madres con hijos pequeños, temiendo lo peor, comenzaron a dispersarse. Édgar se refugió en una tienda de abarrotes, pero permaneció en la puerta sin creer lo que estaba viendo. El pánico y los llantos silenciaron las palabras. Decenas de porras fueron lanzadas con violencia contra el cuerpo del único joven, político

de un partido minoritario en la región, al que luego acusarían de instigador. Su mirada se detuvo un instante antes del apaleo. Después, la policía cargó contra mujeres, ancianas, paseantes, perros. Algunas pancartas quedaron destrozadas en el suelo.

Más frío, ausente el llanto agudo.

El periódico del día siguiente publicó la noticia de la manifestación. Parecía el dictado de una nota de prensa oficial. Se reconocía el encarcelamiento del dirigente político, pero se ocultaban los porrazos que la policía repartió. Esa tarde, Édgar pensó mucho sobre la duna negra. Se preguntó por qué no se habían llevado los procesos productivos más contaminantes del centro de la ciudad, tal vez por la ausencia de una ley medioambiental que lo exigiera, y por el silencio que impedía opinar sobre la ubicación de esa planta. Nunca le gustaron las diferencias de la sociedad donde creció. Tampoco la indiferencia a la que había que acostumbrarse sin más. Desde pequeño le enseñaron a verlo como un mal necesario. Su madre le prohibía abrir la puerta a esa prole de desharrapados que ofrecían a domicilio, a cambio de unos pesos, todo tipo de servicios, desde barrer el porche hasta cortar la hierba. Siempre fue a escuelas privadas, a la que sólo acudían los chicos de barrios de clase alta. Chicos con ropa de marca, sin picaduras ni heridas en las piernas, sin remendados en los pantalones, con los últimos modelos de zapatillas de deporte. Ninguno jugaba en la calle con la tierra, todos tenían videoconsolas que compraban en San Antonio, Texas, una ciudad de la que podían imitar su modelo de vida: una casa con jardín privado, tres televisiones, un perro con el que salir a correr. Los campos de golf ayudarían a construir el espejismo en medio del desierto, aunque fuera a costa de acabar con los cauces de sus ríos, los acuíferos, la diversidad del paraje. Una vez anulada cualquier

visión del futuro, ya no importaba mucho. Ellos vivían el presente, sobre un coche que les llevaba a su casa, a la universidad, al cine, a la discoteca... No tenía que juntarse con aquellos sin nombre que viajaban en camiones destartados, aquellos que trabajaban en los ejidos o en las maquilas y que nunca podrían vivir en su barrio. A Édgar le habían enseñado a esconderse, a no sentir ningún tipo de responsabilidad con la sociedad a la que pertenecía.

Aquella noche la cena fue ligera. Su padre comentó el suceso entre otras muchas cosas que pasaron en el día. Estaba enfurecido por la falta de dureza del cuerpo de policía. Creía que una acción más rápida, algún muerto quizás, habría impedido la paralización del tráfico a esas horas. Mientras lo escuchaba recordaba lo que había visto y se le revolvía el estómago. Tal vez su padre también sobornaba a los periodistas para que no informaran acerca de los salarios basura que pagaba, la ausencia de contratos, los despidos por maternidad, la falta de seguridad para manipular las sustancias químicas. Se levantó de la mesa sin pedir permiso. Ya en su cuarto, abrió su cuaderno y escribió la palabra esquizofrenia. Escribió sobre la contradicción entre aquello que leía y el comportamiento que le imponía su contexto social; sobre la mirada libre y el control férreo de la opinión; sobre el puñado de hipocresía que hacía falta para construir una montaña de basura; sobre el grado de pequeñez mental que cabía en una caja de zapatos. ¿Por qué destruimos la belleza con tanta impunidad? ¿Por qué nos creemos artífices de sueños infinitos si sólo somos un puñado de proteínas ciegas?

A pesar de las dunas, ese año volvieron a florecer los tabachines recordándole la irrecuperable felicidad de la inocencia.

Shadows of the Unicorn

Raquel Martínez-Gómez

Translated from the Spanish by Peter Bush

Black dunes

A black dune and its hazy outlines remained motionless in the centre of the city, embraced by precarious housing on one side and a residential estate on the other. Edgar often forgot it existed and when he climbed the crag of the Noas to contemplate the horizon, he preferred to imagine there was an empty void. But despite all his efforts to dodge it, the black hump suddenly reappeared when he turned a corner or decided which street to go down. His inner tension would deepen and he'd think about making his escape.

For years people had been collecting samples of earth from different places, near to and far from the black dune, to check the levels of lead. That was the consequence of a long struggle waged by a number of local organisations against the municipal council's silence and the wholesale suborning of individual consciences. But most people didn't know what was happening and very few thought of moving. Joggers could make out the red-lettered name of the company that owned the industrial site when they tried to keep fit on the oldest residential estates. Then they returned home, shut their windows tight and told the cleaner to scrub the floor again and, after taking a bubble bath, they'd sit in the garden and read the centre pages of *El Siglo*, proud to perform their social duty by bringing themselves up to speed on the latest betrothals between high falutin' families.

But a few streets further down, much closer to the black dune, the newspapers were never the ones delivered that day and read in any garden; and people couldn't boast how smart they looked in the photos. In the western districts newspaper pages stood in for doors and windows and the earth, that same earth on which they slept, was crystallising the blood of their children as the paper turned darker and darker. Grey-suited gentlemen wearing plastic gloves, sent by the firm responsible for the black dune, had once knocked on their doors in order to collect lead samples. The area was filled with cleaning machines that sucked up the earth and yellow-suited men who substituted cardboard for newspaper. That, alongside the promise of milk for sick children, was enough to quieten the unrest.

The same dust impregnated everything within a fortnight. The youngest children, unaware of the danger they ran, built toys in their imaginations they would never own on that poisoned land.

The protests resumed and the consultants for the black dune, that was also the country's largest metal processing plant, argued they had got there first, that the poor were squatting on municipal land. The name of the company's owner, who lived a thousand kilometres away, appeared every year in the magazine that published the list of the richest men on the planet. The legend of the black dune kept expanding over the patina of silences. Edgar had also learned to deny the problems that existed. For a long time he refused to acknowledge them and avoided looking straight at the dune, ignoring its presence as twilight fell. But his denial finally turned into a cannon-blast that split him down the middle. The croak of a blackbird, as black as the dune, penetrated his inner ear.

It was the third time he'd faced the same queue. He was surprised by how quickly your turn came. The boy in front's hair was wavy and he wore boots with pointy toes and kept putting his cap on and off. He seemed on edge. Edgar counted the number of people in front of him: *one, two, three, the fourth and fifth seemed to be together... ten*. Only ten people left. Then his thoughts returned to the people who'd demonstrated down the *calle* Colón., so close to *bulevar* Revolución that he could hear some of the slogans, though they weren't that clear. It was about the lead business. Edgar had heard in the university how the company polluting the city had created lots of jobs: that apparently justified everything. He thought once again about the cardboard placards, their misspelled messages and the eyes of the only young man on the demonstration; all the others were women and the occasional pensioner. They were demanding the milk supplies they'd been promised for their sick children whose blood had crystallised.

His turn came. The clerk gave him the chance to pay half the fine given he'd come to pay so quickly, something that would lead to recriminations from his schoolmates: 'You little bastard, you a law-abiding Norwegian now?' They returned his number-plate when he paid up. As he walked out, the turmoil in the street distracted him. He strode unthinkingly towards the Attorney General's Office, where the demonstrators had assembled. After a few minutes, an unusual silence, seemingly signalling the start of something quite unpredictable, descended on the whole boulevard. He went cold. A police jeep reversed slowly to where the head of the demonstration had come to a halt. A child's sobbing broke the deafening silence, but made the scenario even bleaker. The police suddenly came together and started advancing on the

protesters. Fearing the worst, mothers with small children began to scatter. Edgar took refuge in a grocery store, but stayed in the doorway unable to credit what he was seeing. Panic and screams of pain silenced the chanting. Dozens of clubs violently pounded the body of the only young man present, a minority party politician in the region, who would later be accused of being the instigator. Edgar's eyes lingered for a moment on the beating he was receiving. Then the police charged on women, old ladies, passers-by and dogs. Some placards lay in bits and pieces on the ground.

He felt colder and the screaming had stopped.

The next morning's newspaper reported the demonstration. It read like an official press communiqué. It revealed that the political leader had been imprisoned, but said nothing of the beatings the police had handed out. Edgar thought a lot about the black dune that evening. He wondered why they hadn't taken the most polluting production processes well away from the city centre: was it because they lacked the necessary environmental legislation, or because of the black out that prevented opinions being aired about the plant's location. He had never liked the differences in the society in which he'd grown up. And the indifference you were forced to accept without more ado. They'd taught him from childhood that it was a necessary evil. His mother instructed him never to open the door to the gang of ragamuffins who'd knock and offer to do every kind of domestic chore from sweeping the porch to cutting the grass in exchange for a few pesos. He had always gone to private schools attended only by children from the upper class districts. Children who wore designer fashions, had no bites and bruises on their legs, no patches on their trousers and always sported the latest leisure

footwear. Nobody played in a mud street and they all had games consoles they'd purchased in San Antonio, Texas, a city the life style of which they could emulate: a house with a private garden, three televisions, a dog you could take for a run. The golf links would help create that mirage in the middle of the desert, although it meant destroying riverbeds, aquifers and the diversity of the landscape. It didn't really matter once any vision of the future had been obliterated. They lived for the present, in the car that drove them home, to the university, the cinema, the disco. He didn't have to mingle with the anonymous people who travelled in rickety lorries, who worked in fields or factories and could never live in his neighbourhood. Edgar had been brought up to look away, to feel no responsibility for the society to which he belonged.

They ate a light supper that evening. His father commented on what had happened and on the many other events of the day. He was in a rage because the police had been too soft. He thought they should have re-acted more quickly, perhaps killed someone, and that would have prevented the untimely traffic snarl up that had occurred. As he listened, Edgar remembered what he'd seen and felt sick. Perhaps his father also bribed journalists not to report the rubbish wages he paid, the non-existent contracts, the sacking of pregnant women or dearth of safety measures for workers handling chemical substances. He left the table without asking for permission. Back in his bedroom he opened his exercise book and wrote the word "schizophrenia". He wrote about the contradiction between what he read and the behaviour imposed on him by his social position: on the freedom to see and the iron control of free speech; on the colossal hypocrisy that

went into building a slag heap; on the level of mental pettiness one could fit into a shoe box. Why do we destroy beauty with such impunity? Why do we think we are the creators of infinite dreams when we are but a handful of blind proteins?

Despite the dunes, the tabachines flowered again that year and reminded him of the bliss of innocence that had gone forever.



EUROPEAN UNION
PRIZE FOR LITERATURE

2010

Raquel Martínez-Gómez – Spain

Sombras de unicornio

Shadows of the Unicorn

328 pp, 2006

Rights sold to (*Last Update – September 2011*):

Macedonia: Издавачки центар ТРИ ДООЕЛ Скопје

Latvia: Ltd J.L.V.

Slovenia: Učila

Publishing House **Algaida Editores**

Avda. San Francisco Javier, 22 – Edif. Hermes, pl. 4^ª, mód. 6. – 41018 Sevilla – Spain

Tel.+ 34 (954)652311 – Fax. +34 (954)656254 – www.algaida.es

Contact: algaida@algaida.es

Author: marraquel@gmail.com

ISBN: 978-8476-476-39-0

EUPL / FEP-FEE – Rue Montoyer, 31 – B-1000 Brussels – T.+32 (0)2 770.11.10

info@fep-fee.eu – www.euprizeliterature.eu



Culture Programme



europaean
booksellers
federation



FEDERATION OF EUROPEAN PUBLISHERS
FÉDÉRATION DES ÉDITEURS EUROPÉENS